



01/Salud y medio ambiente a la luz de *Laudato si'*

+ **Jesús Fernández González,**
Obispo Auxiliar de Santiago.
Obispo Responsable de Pastoral de la Salud.
Conferencia Episcopal Española. Madrid.

El obispo responsable de la Pastoral de la Salud, Mons. Jesús Fernández, expone en su ponencia su satisfacción por cómo surgen en todo el mundo iniciativas promoviendo la justicia ambiental, la solicitud hacia los pobres y el compromiso responsable de la sociedad. Satisfacción también por la encíclica Laudato Si' sobre cómo los seres humanos maltratamos el medio ambiente. Esta es la razón por la que la Conferencia Episcopal se ha querido unir a este gran movimiento de sanación universal dedicando las XLI Jornadas Nacionales de Delegados de Pastoral de la Salud al tema "Cuidar la tierra, cuidar personas. Pastoral de la salud y ecología integral".

Palabras clave: Pastoral, Hospital, Jesús, Caridad, Iglesia.

The Bishop in charge of the Health Ministry, Mons. Jesús Fernández, expressed his satisfaction with the way in which initiatives are being taken throughout the world promoting environmental justice, solicitude for the poor and responsible commitment of society. Satisfaction, also by the encyclical Laudato si' on how we, humans, mistreat the environment. This is the reason why the Episcopal Conference is willing to unite this great movement of universal healing by dedicating the 41st National Conference of Pastoral Delegates of Health to the subject matter "Caring for the Earth, caring for people. Pastoral of the health and integral ecology".

Key words: Pastoral, Hospital, Jesus, Charity, Church.

Es muy alentador comprobar la extraordinaria acogida que ha tenido en todo el mundo la encíclica *Laudato Si'* (LS), dada a conocer el 18 de junio de 2015. Y es que este texto magisterial aborda un tema necesario y urgente, en un momento oportuno (meses antes de la celebración de la crucial Conferencia de Naciones Unidas sobre cambio Climático, celebrada en París entre el 30 de noviembre y el 11 de diciembre de 2015) y con un tono acertado.

Es también un motivo de profunda alegría observar cómo surgen en todo el mundo iniciativas que promueven la justicia ambiental, la solicitud hacia los pobres y el compromiso responsable con la sociedad. Como señaló el papa Francisco el pasado 1 de septiembre, durante la celebración de la Jornada Mundial de Oración por el Cuidado de la Creación,

“Los cristianos y los no cristianos, las personas de fe y de buena voluntad, hemos de estar unidos en el demostrar misericordia con nuestra casa común -la tierra- y valorizar plenamente el mundo en el cual vivimos como lugar del compartir y de comunión”.

Nosotros nos queremos unir a este gran movimiento de sanación universal.

Por eso nos ha parecido oportuno dedicar estas XLI Jornadas Nacionales de Delegados de Pastoral

de la Salud al tema “Cuidar la tierra, cuidar personas. Pastoral de la salud y ecología integral”.

En esta encíclica, el papa Francisco ha advertido de las consecuencias negativas para la salud de las personas, derivadas del maltrato provocado por el ser humano al medio ambiente. Un ejemplo nos lo ofrece en el número 21, donde nos advierte contra el riesgo de bioacumulación de residuos industriales y productos químicos sin control, en las personas¹.

A partir de la interrelación de todos los seres vivos y de estos con el medio ambiente, teniendo en cuenta la misteriosa comunión que surge del hecho de proceder todos del mismo Creador y de ser redimidos por el mismo Redentor, a partir de la consideración de lo creado como un don, surge la responsabilidad de cuidar la tierra y de cuidar a las personas creadas a imagen y semejanza de Dios y puestas como administradoras de la creación.

Las palabras del papa Francisco, sumadas a la evolución del concepto de salud y de su cuidado y de la propia teología de la salud, nos reclaman una renovación de esta pastoral que, superando el dolorismo, se plantee en positivo la prevención de la enfermedad y la promoción de la vida.

1/

El marco de referencia.

1/1

Un concepto renovado de salud.

En 1946 la Organización Mundial de la Salud definió la salud como “el estado de completo bienestar, mental y social, y no sólo la ausencia de enfermedades y dolencias”. Con esta definición se superó una concepción demasiado res-

1. Se trata de un problema grave. El pasado 6 de julio, los prelados de las Provincias Eclesiásticas de Medellín y Santa Fe de Antioquia, en Colombia, han vuelto a denunciar los desmanes de las explotaciones mineras. Laman la atención especialmente sobre el alto índice de deforestación producido por las explotaciones a cielo abierto y la contaminación con el mercurio. Denuncian que en el departamento del Chocó, 37 niños han muerto supuestamente en el último año por haber bebido agua contaminada por ese metal, sumamente peligroso para la salud. A esta denuncia se une otra realizada por el Instituto de Hidrología, Meteorología y Estudios Ambientales de Colombia que estima que cada año terminan en los ríos colombianos 205 toneladas de mercurio. Según la organización Global Witness, el año pasado fueron asesinadas por causas medioambientales 185 personas en todo el mundo, un 59% más que el año anterior (Ecclesia, n.n. 3845-46, 20 y 27 de agosto de 2016, p. 19).

trictiva, se recuperó la categoría de la subjetividad y se ofreció un concepto multidimensional e integral. También es cierto que, partiendo de una visión antropológica excesivamente positiva, amplió demasiado las expectativas de las personas, haciéndoles creer que este completo bienestar podría ser asegurado por la intervención médica, lo cual ha aumentado la demanda de prestaciones médicas y farmacológicas hasta un punto insostenible, y ha creado notables insatisfacciones en los usuarios y en los propios profesionales sanitarios.

La salud presenta diversas dimensiones: la orgánica, la psicológica, la socio-ambiental y la ético-espiritual. Todas ellas deben ser tenidas en cuenta no sólo por los responsables de las políticas sanitarias y los agentes de salud sino por el conjunto de la ciudadanía, sin ignorar su mutua relación. También desde la Pastoral de la Salud. Así, la Conferencia Episcopal Italiana propuso una definición integradora de salud como “un equilibrio dinámico entre cuerpo, psique y espíritu, y, en el exterior, entre persona y medio ambiente”². Cada vez es más compartida la convicción de que la salud de la persona sólo es posible en la armonía del ser humano consigo mismo, con los demás, con el medio ambiente natural y con Dios. Esta armonía será fuente de bienestar psico-físico dentro de un equilibrio ambiental.

Lograr esta armonía reclama superar una visión individualista de la vida y, desde una concepción más personalista y cristiana, acogerla como un regalo para compartir con los demás³.

1/2

Un concepto amplio de Bioética.

La vida y la salud son un bien; y su cuidado, una responsabilidad de todos. Nunca insistiremos suficientemente en ello.

La palabra “ecología” aparece por primera vez en 1866 en una nota a pie de página en la obra

Generelle Morphologie der Organismen, de Ernst Haeckel. Este neologismo, formado a partir de las palabras griegas oikos y logos, significa literalmente “ciencia del hábitat”, “ciencia de la casa”. La ecología es definida por este autor como la ciencia de las relaciones del organismo con el medio, que comprende, en sentido amplio, todas las condiciones de existencia. Durante aproximadamente un siglo, la ecología fue un tema reservado a un pequeño número de especialistas⁴. Pero las cosas cambiaron sustancialmente a inicios de la década de 1970, por diversas causas, una de las cuales tiene que ver con el nacimiento de la bioética en esas fechas.

La preocupación por la cuestión del medio ambiente y del progreso humano estuvo en la base de la Bioética desde el principio, como reflejan los trabajos y publicaciones de Van Rensselaer Potter. Así, la teoría original de Potter señalaba que la supervivencia de la especie humana en una civilización decente y sostenible requería del desarrollo y mantenimiento de un sistema ético compartido por todos. Potter elabora lo que él denomina *Credo Bioético Personal*⁵.

En 1983 la Asamblea General de las Naciones Unidas pidió a la Comisión Mundial del Medio Ambiente y del Desarrollo que elaborara “un programa global para el cambio”. El informe, presentado en 1987, lleva un título bien sugerente: *Nuestro futuro común*⁶. Hace ver que las cuestiones vitales a que tiene que hacer frente la humanidad son globales y están por encima de las divisiones de soberanía nacional, de las estrategias limitadas para conseguir ganancias económicas y de la división disciplinar de la ciencia. Se trata de alcanzar conjuntamente objetivos comunes, de salvaguardar los intereses de las generaciones venideras, de conseguir una mayor voluntad política para hacer frente al futuro común. El informe insiste en que la naturaleza es generosa, pero al mismo tiempo frágil y de equilibrio precario.

Hasta hace poco, las intervenciones del ser humano en los sistemas naturales eran pequeñas

2. Bresciani, C., Voz “Salud. Enfoque histórico-cultural”, en Diccionario de Pastoral de la Salud y Bioética, S. Pablo, Madrid 2009, 1526.

3. Bresciani, C., op. Cit. p.p. 1523-1527.

4. Gafo, J. (dir.), 10 palabras clave en Ecología, Verbo Divino, Estella 1999, 20.

5. En él, parte de la convicción de que se necesita tomar medidas inmediatas ante las múltiples crisis, de que el futuro de la humanidad está muy condicionado por las actividades del presente, de que el hombre siente la necesidad y la obligación de contribuir al mejoramiento social presente y futuro, de que es inaceptable el sufrimiento provocado por el propio hombre. Además, afirma su veneración por la vida y su creencia en la fraternidad humana. A partir de estas convicciones y creencias, Potter se compromete a promover un movimiento mundial a favor del desarrollo de la especie humana en armonía con el medioambiente natural, a mejorar el mundo que han de heredar las futuras generaciones, a establecer estrategias de trabajo a partir del diálogo, a resolver los problemas propios con dignidad y coraje y a ayudar en la eliminación del sufrimiento innecesario, a vivir de manera beneficiosa

LH n.317

en escala y efectos y su repercusión resultaba limitada. Actualmente, la escala y las repercusiones son grandes y amenazan en mayor medida a los sistemas indispensables para la vida tanto en el plano local como en el mundial.

Hay límites que no se pueden traspasar sin poner en peligro la integridad básica del sistema. Actualmente nos encontramos al borde de muchos de esos límites: debemos ser conscientes del riesgo de poner en peligro la continuación de la vida sobre la Tierra. Más aún, la velocidad con que se están produciendo los cambios en la utilización de los recursos no concede mucho tiempo para prever y prevenir efectos indeseados. Al interés ecológico de las instituciones y personas citadas hay que añadir el de otras muchas. Quisiera destacar el documento final de la Asamblea Ecueménica Europea Paz y Justicia del año 1989, **Justicia y paz para toda la creación**⁷; **la Carta de la Tierra**, que comenzó como una iniciativa de las Naciones Unidas pero que se desarrolló y finalizó como una iniciativa de la sociedad civil en el año 2000; y, por último, debemos mencionar la extraordinaria labor llevada a cabo por el teólogo brasileño Leonardo Boff, uno de los primeros autores en abordar el concepto de ecología integral⁸.

1/3

Una teología y una pastoral encarnadas.

El Magisterio de la Iglesia también se ha hecho eco de esta preocupación ecológica. Ya el beato Pablo VI denunciaba como causa de la crisis medioambiental la pretensión humana de ejercer un dominio absoluto sobre las cosas, llegando a una explotación “inconsiderada”, desproporcionada de los recursos naturales⁹. Y recordaba que la solidaridad universal es una obligación que nos afecta a todos, también en este terreno¹⁰.

San Juan Pablo II apuntaba también la prepotencia humana frente a la creación:

“El aspecto de conquista y de explotación de los recursos ha llegado a predominar y a extenderse, y amenaza hoy la misma capacidad de acogida del medio ambiente: el ambiente como recurso pone en peligro el ambiente como casa”¹¹.

Al mismo tiempo, rechazaba dos actitudes extremas: convertir la naturaleza en objeto de explotación y colocarla por encima de la persona humana¹²; y afirmaba que la relación que el hombre tiene con Dios determina la que tiene con sus semejantes y que la fe en Él nos lleva a reconocer en las criaturas dones de Dios que hay que custodiar.

Por otra parte, el papa polaco subrayaba la responsabilidad humana de preservar un ambiente íntegro y sano para todos¹³, de proteger la biodiversidad¹⁴, de ser solidarios con las generaciones futuras¹⁵, de traducir esta responsabilidad al ámbito jurídico¹⁶, de promover una actividad económica que respete el medio ambiente¹⁷.

Benedicto XVI tuvo también numerosas intervenciones a lo largo de su pontificado referidas a la cuestión ecológica, todas ellas caracterizadas por una hondura antropológica, teológica y social dignas de encomio. Me permito destacar las siguientes palabras pronunciadas durante la Jornada Mundial de la Juventud celebrada en Australia:

“La preocupación por la no violencia, el desarrollo sostenible, la justicia y la paz, el cuidado de nuestro entorno, son de vital importancia para la humanidad. Pero todo esto no se puede comprender prescindiendo de una profunda reflexión sobre la dignidad innata de toda vida humana, desde la concepción hasta la muerte natural, una dignidad otorgada por Dios mismo y, por

para el prójimo presente y futuro (POTTER, V.R., *Bioethics, Bridge to the Future*, Prentice - Hall, Inc. Englewood Cliffs, New Jersey 1971, p. 196. Nosotros lo tomamos de J.R. Amor Pan, *Introducción a la Bioética*, PPC, Madrid 2005, p. 69).

6. *Nuestro futuro común*, Alianza Editorial, Madrid 1988.

7. *Ecclesia* 2.427 (10.VI.1989), 825-841.

8. Boff, L., *La dignidad de la Tierra: Ecología, mundialización, espiritualidad*, Trotta, Madrid 2000. Son reseñables también otras obras del mismo autor: *Grito de la Tierra, grito de los pobres*, Trotta, Madrid 1996; *Ética planetaria desde el Gran Sur*, Trotta, Madrid 2001; *La sostenibilidad. Qué es y qué no es*, Sal Terrae, Santander 2013.

9. PABLO VI, Carta apostólica *Octogesima adveniens*, 417.

10. PABLO VI, Carta encíclica *Populorum progressio*, 17.

11. JUAN PABLO II, Discurso a los participantes en un Congreso Internacional sobre Ambiente y salud, 24.III.1997, 2

12. Consejo Pontificio de la Cultura - Consejo Pontificio para el Diálogo Interreligioso, Jesucristo, Portador del agua de la vida. Una reflexión cristiana sobre la “Nueva

La relación que el hombre tiene con Dios determina la que tiene con sus semejantes y que la fe en Él nos lleva a reconocer en las criaturas dones de Dios que hay que custodiar

tanto, inviolable. Nuestro mundo está cansado de la codicia, de la explotación y de la división, del tedio de falsos ídolos y respuestas parciales, y de la pesadumbre de falsas promesas.

Nuestro corazón y nuestra mente anhelan una visión de la vida donde reine el amor, donde se compartan los dones, donde se construya la unidad, donde la libertad tenga su propio significado en la verdad, y donde la identidad se encuentre en una comunión respetuosa. Esta es obra del Espíritu Santo. Ésta es la esperanza que ofrece el Evangelio de Jesucristo. **Habéis sido recreados en el Bautismo y fortalecidos con los dones del Espíritu en la Confirmación precisamente para dar testimonio de esta realidad. Que sea éste el mensaje que vosotros llevéis al mundo desde Sydney**”¹⁸.

1/4

Nuevos caminos para la Pastoral de la Salud.

Aunque hace ya tiempo (algo más de 20 años) que venimos hablando de Pastoral de la Salud en lugar de Pastoral de Enfermos, porque entendíamos que éste era un enfoque reducido de lo que tenía que ser la acción de la Iglesia en el ámbito sanitario y socio-sanitario, conviene reconocer con realismo y humildad que aún queda mucho camino por recorrer para ser en verdad una Pastoral de la Salud que ponga de relieve no la enfermedad sino la salud ofrecida a todos.

Como escribe **Francisco Álvarez**, ese gran referente que ha sido y sigue siendo para todos los que trabajamos en este ámbito de la acción eclesial:

“De una pastoral en la que prevaecía la resignación y la consolación a una

pastoral que parte del designio de Dios en Cristo de ofrecer la vida en abundancia (Jn 10, 10) y del deseo del hombre a vivir en plenitud; y que considera la salud como un objetivo primordial y permanente... de una pastoral limitada a ciertos ambientes y momentos -hospital, tiempo de la enfermedad- a una pastoral que se inserta en el trayecto de los acontecimientos fundamentales de la vida, en la cultura subyacente, en el modo de vivirlos, en la red de factores que repercuten en el mosaico de la salud”¹⁹.

Esta renovación de la Pastoral de la Salud no se dará sin la superación de los residuos dolorísticos que consideran el dolor como un valor en sí mismo y sin una nueva creatividad pastoral que incluya la ampliación del campo de su acción llegando a otros como

“La prevención, las implicaciones de orden biológico de la ecología, los desafíos de la ingeniería genética o todo ese sector que hemos definido como «medicina de los deseos»”²⁰.

Precisamente nuestro estudio, al abordar las implicaciones de orden biológico de la ecología como responsabilidad humana y al proponer acciones preventivas, se sitúa en esta perspectiva renovadora.

Era”, Librería Editrice Vaticana, Ciudad del Vaticano 2003, 35.

13. JUAN PABLO II, *Solicitud rei socialis*, 34

14. JUAN PABLO II, *Exhortación apostólica Ecclesia in America*, 25.

15. JUAN PABLO II, *Exhortación apostólica Ecclesia in America*, 25.

16. JUAN PABLO II, *Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz 1990*, 9

17. JUAN PABLO II, *Allocución a la XXV Conferencia General de la FAO*, 16.XI.1989, 8.

18. Palabras pronunciadas con ocasión de la XXIII Jornada Mundial de la Juventud en el Muelle Barangaroo, Sydney, el jueves 17 de julio de 2008. Para un mayor conocimiento del pensamiento de Benedicto XVI sobre esta materia puede consultarse el siguiente libro: PABLO BLANCO – EMILIO GARCÍA SÁNCHEZ (eds.), *Benedicto XVI habla sobre la vida humana y la ecología*, Ediciones Palabra, Madrid 2013

19. Álvarez, F., *Teología de la Salud*, PPC, Madrid 2013, 32-34.

20. Leone, S., *Voz “Salud. Enfoque ético y pastoral”, en Diccionario de Pastoral de la Salud y Bioética*, S. Pablo, Madrid 2009, 1518.

LH n.317

2/

El rostro enfermo de la tierra y sus raíces.

En todo proceso de curación lo primero es el diagnóstico, averiguar las causas que provocan la enfermedad que nos aqueja. Sólo así podremos instaurar el adecuado proceso terapéutico. Subrayo la palabra **proceso** para indicar claramente que estamos ante una realidad dinámica, que lleva tiempo y exige esfuerzo y compromiso. En clave moral y espiritual estaríamos hablando de examen de conciencia, arrepentimiento y firme propósito de cambio de vida.

Lógicamente, aquí sólo hago una enumeración somera de los principales problemas ecológicos. Me detendré un poco más a la hora de abordar las causas que conducen a esos problemas.

2/1

Síntomas de la enfermedad.

1.1. Contaminación. Lo afirma el papa actual:

“Existen formas de contaminación que afectan cotidianamente a las personas. La exposición a los contaminantes atmosféricos produce un amplio espectro de efectos sobre la salud, especialmente de los más pobres... Se enferman, por ejemplo, a causa de la inhalación de elevados niveles de humo que procede de los combustibles que utilizan para cocinar o para calentarse. A ello se suma la contaminación que afecta a todos, debida al transporte, al humo de la industria, a los depósitos de sustancias que contribuyen a la

acidificación del suelo y del agua, a los fertilizantes, insecticidas, fungicidas, controladores de malezas y agrotóxicos en general” (LS 20).

Entre las formas más graves de contaminación está el tabaco, la primera causa de muerte evitable en el mundo. Se sabe que, en el año 2005, causó 5, 4 millones de muertes y que en el 2030, si sigue la tendencia actual, matará a más de ocho millones. También es peligroso para la salud el tabaquismo pasivo: produce enfermedades cardíacas, respiratorias, cardiovasculares...

Además, aproximadamente 700 millones de niños, casi la mitad de la población mundial, respira aire contaminado por el humo del tabaco, especialmente en los hogares. Por su peligrosidad para la salud, se ha de evitar la exposición al humo durante el embarazo por cuanto aumenta en los bebés el riesgo de síndrome de muerte súbita, de falta de peso al nacer, de un funcionamiento reducido de los pulmones, de asma, de insuficiencias respiratorias y de infecciones del oído medio.

A la contaminación atmosférica hay que sumarle la producida por los residuos y desechos peligrosos. Al año se producen cientos de millones de toneladas de residuos, muchos de ellos no biodegradables: unos son domiciliarios, otros comerciales, escombros, clínicos, electrónicos e industriales, tóxicos y radiactivos, etc. A veces, la Tierra, parece convertirse en un “inmenso depósito de porquería” (LS 21). Con frecuencia, la toma de medidas se deja para el momento en que los efectos sobre la salud de las personas son ya irreversibles (cf. LS 21).

El propio sector de la salud produce millones de toneladas de desechos al año, contribuyendo también por lo tanto a la pérdida del hábitat. De esos desechos, en torno al 80% son desechos generales y el 20% restante es considerado material peligroso. Se estima que cada año se ponen dieciséis mil millones de inyecciones en el mundo y no todas las jeringas y agujas son

eliminadas de forma correcta. Por otra parte, los desechos de salud contienen microorganismos potencialmente peligrosos.

Entre las principales enfermedades atribuibles a la contaminación material están las respiratorias como el asma y las alergias producidas por la contaminación del aire; los trastornos neurológicos de desarrollo producidos por los metales pesados, los POP (contaminantes orgánicos persistentes), como por ej. las dioxinas, los plaguicidas y otros; el cáncer infantil producido por agentes físicos, químicos y biológicos como el humo del tabaco, la exposición profesional de los progenitores a disolventes, etc. Y, entre las atribuibles a la contaminación acústica está la dificultad de atención en los escolares.

1.2. El cambio climático. El papa Francisco afirma que el clima es un bien común. Asegura también que hay un consenso científico respecto a que nos encontramos ante un preocupante calentamiento del sistema climático acompañado del crecimiento del nivel del mar y de otros fenómenos meteorológicos extremos. Los científicos coinciden en señalar que “la mayor parte del calentamiento global de las últimas décadas se debe a la gran concentración de gases de efecto invernadero... emitidos sobre todo a causa de la actividad humana” (LS 23).

Entre otros fenómenos negativos, el calentamiento global provocará el derretimiento de los hielos polares y de planicies de altura, lo que liberará gas metano; la descomposición de materia orgánica congelada, que hará crecer el volumen de anhídrido carbónico. Los efectos que producirán estos fenómenos en la agricultura, la pesca, los recursos forestales y el agua afectarán a la salud, sobre todo a la salud de los más pobres que carecen de otros recursos y de la necesaria protección social. No podemos olvidar tampoco sus repercusiones en la salud de aquellas personas que tienen dificultades circulatorias y respiratorias especialmente.

Otro fenómeno destacable es el crecimiento de la radiación ultravioleta imputable al creciente

agujero de ozono. Este incremento puede reprimir la respuesta inmunológica de las personas y constituye una de las principales fuentes del cáncer de piel.

1.3. El agua potable. Otro de los indicadores de la crisis ecológica actual lo descubrimos en el agotamiento de los recursos naturales. Uno de ellos es el agua potable. “El agua potable y limpia -dice el Papa Francisco- representa una cuestión de primera importancia, porque es indispensable para la vida humana y para sustentar los ecosistemas terrestres y acuáticos” (LS 28). La escasez de este recurso se hace especialmente alarmante en África, donde mucha gente no puede acceder al agua potable segura o ve dificultada la producción de alimentos. La baja calidad del agua disponible para los pobres provoca enfermedades como la diarrea y el cólera y también muchas muertes cada día (cf. LS 29).

1.4. Pérdida de biodiversidad. La pérdida de selvas y de bosques acarrea también la pérdida de especies que podrían servir para curar enfermedades y para otras muchas prestaciones. Por otra parte, el equilibrio de los ecosistemas necesita de la conservación de animales vistosos, pero también de otros como los hongos, las algas, los gusanos, los insectos, los reptiles, etc. (cf. LS 32).

2/2

Raíces de la crisis socio-ambiental.

Acabamos de aludir a una serie de síntomas de la enfermedad que padece nuestro planeta. Podríamos referirnos también a la pobreza, al hambre, a la trata de personas y a otros muchos síntomas de una enfermedad social. No es éste, sin embargo, el punto de vista que nos interesa en este momento. En cualquier caso, la cuestión social es prioritaria en las preocupaciones del Magisterio desde que en 1891 León XIII promulgó la encíclica *Rerum novarum*. Al interés por el individuo se añadía entonces el interés por las causas sociales de la injusticia y

LH n.317

las repercusiones sociales de las acciones individuales. El papa Francisco, por su parte, partiendo de la larga y fecunda tradición de la Iglesia, ha reformulado el tema en una única cuestión socio-ambiental, incluyendo la preocupación por la sostenibilidad nacida en la segunda mitad del siglo XX²¹.

Nos encontramos ante una crisis socio-ambiental, no ante dos crisis sin relación entre sí. Hasta podría decirse que el gran tema de la encíclica *Laudato Si'* es que hay un vínculo entre ambas cuestiones que no puede romperse:

“Hoy el análisis de los problemas ambientales es inseparable del análisis de los contextos humanos, familiares, laborales, urbanos... y de la relación de cada persona consigo misma” (LS 141).

Veamos sus principales raíces en orden a afrontar el tratamiento preciso.

2.1. La ciencia y la técnica. No hay que demonizarlas, pero sí señalar sus límites:

“Las ciencias proporcionan verdades imprescindibles que interpretan el mundo en sus áreas de conocimiento; pero son verdades parciales, pues ninguna de ellas nos entrega su último sentido”²².

Por otra parte, la realidad no está parcelada y, sin embargo, la ciencia analiza cada objeto como si fuera único. En este sentido, comete un grave error cuando ignora la interdisciplinariedad y cuando se cree el único modo válido de conocimiento frente a otras ciencias no experimentales como la filosofía y la teología que aportan respuestas válidas a la cuestión del sentido a la que ella es ciega. Es la razón por la que la Iglesia lleva años abogando por el diálogo ciencia-fe:

aunque pertenecen a ámbitos diferentes, no están separadas y se necesitan mutuamente para conocer la realidad. Como dice **Julio Martínez**,

“Si disociamos las aportaciones científicas de las filosóficas/teológicas, y viceversa, provocamos una pérdida de apertura a la realidad (superior a la idea), que es condición para buscar la verdad”²³.

Lo que se critica es el paradigma tecnocrático, el cientificismo, porque la tecnología no es neutra, implica siempre valores. Puesta en manos de los que tienen conocimiento y dinero para utilizarla otorga un evidente poder sobre la humanidad, por lo que necesita el soporte de “una ética sólida, una cultura y una espiritualidad” (LS 105). En definitiva, no todo lo que se puede hacer debe hacerse. Desgraciadamente, el paradigma tecnocrático domina en la actualidad no sólo la economía y la política, sino también la cultura y aun la sociedad entera.

2.2. El antropocentrismo desquiciado y la devaluación del ser humano. No existe ecología sin una adecuada antropología (LS 118). Pues bien, la desaparición de Dios del horizonte cultural ha dado pie a dos concepciones antropológicas que pueden dañar la ecología: el antropocentrismo desquiciado y la tendencia contraria de situar al hombre como si fuera un ser más entre los otros.

La crisis en la relación entre el hombre y el medioambiente ha tenido su origen, por una parte, en este antropocentrismo y en la pretensión humana de ejercer un dominio absoluto sobre las cosas. Crecido por el poderío que le ofrece el dominio técnico, el hombre se ha visto desorientado respecto a su lugar en el mundo y a su relación con la naturaleza. Esta sensación de poder le ha llevado a situarse también como dueño absoluto de lo creado. Algunos críticos han llegado a culpar al judaísmo y al cristianismo de este expolio del mundo.

21. Cf. Tatay, J. SJ, “De la «cuestión social» a la «cuestión socio-ambiental». Implicaciones de la LS para la DSI”, en Enrique Sanz (ed.): *Cuidar la Tierra, cuidar de los pobres. Laudato Si' desde la teología y con la ciencia*, Sal Terrae, Santander 2015, 169.

22. Martínez, J.L. SJ, “LS y la cuestión socio-ambiental. Clamor de la Tierra y de los pobres”, en Enrique Sanz (ed.): *Cuidar la Tierra, cuidar de los pobres. Laudato Si' desde la teología y con la ciencia*, Sal Terrae, Santander 2015, 29.

23. Martínez, J.L., *Op. Cit.*, 32.

Cada criatura tiene su razón de ser y su valor, máxime si nos referimos al ser humano.

Pedro Castelao, profesor en Comillas, desmentiendo esta acusación, pero reconoce sin embargo que hay elementos que llevan a darles en parte la razón: Newman llegó a decir que a los animales podemos destruirlos a placer para nuestros fines.

Castelao, haciéndose eco de las palabras del papa Francisco (cf. LS 90), advierte también de que la ecología corre peligro así mismo por el otro extremo: al igualar al ser humano con los demás seres, disminuye en las personas la conciencia de su responsabilidad²⁴. El verdadero rol del ser humano frente a la creación, aquel que hace justicia a la verdad de su ser y del ser del resto de la creación, aquel que hace posible el cuidado ecológico, es el del “administrador responsable” (LS 116).

5.3. Relativismo moral y cortoplacismo. El antropocentrismo ha desembocado a su vez en el relativismo. Para el relativismo moral las leyes son imposiciones arbitrarias y obstáculos a evitar (LS 122-123). Como afirmó en su día el papa emérito Benedicto XVI, el olvido y la negación de Dios que llevan al hombre a desconocer cualquier norma superior a sí mismo, ha producido crueldad y violencia sin medida (Discurso en Asís, 27.X.2011). El papa Francisco ha denunciado también este relativismo práctico, verdadero enemigo de la ecología humana (EG 80). Por otra parte, Nuestro mundo se mueve por el principio de alcanzar el máximo beneficio, en el menor tiempo y al menor coste posible. Lógicamente, una visión exclusivamente centrada en el corto plazo es radicalmente incompatible con una mentalidad ecológica, por cuanto la Naturaleza se mueve en parámetros de largo plazo. Esta óptica no se preocupa, por consiguiente, de los efectos contaminantes que su actuación pueda provocar ni del bienestar de las generaciones futuras porque, de preocuparse por todo ello, tendría que incurrir en un gasto que reduciría su beneficio inmediato.

El papa Francisco utiliza varias expresiones para definir este “inmediatismo egoísta”: profundo individualismo (LS 162), alegre superficialidad

(LS 229), indiferencia consumista (LS 232), consumismo extremo (LS 59). Esta cultura no se da solo en la vida privada, sino también en la economía donde la maximización de resultados lleva a olvidarse de cualquier otro valor (cf. LS 195) y en la política que piensa en los resultados electorales a corto plazo para conservar el poder (cf. LS 178).

2.4. Cultura del descarte. La cultura individualista, utilitarista y consumista que nos envuelve tiende a acaparar objetos y personas sin atender al bien común, poniéndolos al servicio propio. En esta lógica, el valor de todo se mide por su utilidad en referencia a los caprichos personales. Este inmediatismo egoísta lleva al hombre a colocarse en el centro y a utilizar a los demás como objetos o a descartarlos cuando ya no le sirven, en suma nos sitúa ante la cultura del descarte que engendra a su vez más personas egoístas. Su presencia es notable tanto en las relaciones económicas y laborales como en la vida ordinaria. El papa Francisco denuncia esta cultura del descarte que se ceba especialmente con los más pobres y débiles, entre los que se encuentran muchos jóvenes y ancianos.

3/

Buscando soluciones.

3/1

El valor de cada criatura²⁵.

Nuestra dignidad de hijos no nos da autoridad para disponer de todo a nuestro capricho (LS 67, 68, 82). Siguiendo las huellas de san Francisco de Asís, hemos de sentir la familiaridad con todos los seres de la creación.

Cada criatura tiene su razón de ser y su valor, máxime si nos referimos al ser humano.

24. Castelao, P., “La cuestión ecológica y la teología de la creación”, en Enrique Sanz (ed.): *Cuidar la Tierra, cuidar de los pobres. Laudato Si' desde la teología y con la ciencia*, Sal Terrae, Santander 2015, 76-81.

25. Cf. Fernández, V.M., “Cinco claves de fondo para leer «Laudato Si'» en Fernando Chica y Carlos Granados (eds.): *Loado seas, mi Señor. Comentario a la encíclica LS del Papa Francisco*, BAC, Madrid 2015, 77-103.

LH n.317

En este sentido, qué bien suenan las palabras que el papa Francisco pronunció ante médicos españoles y latinoamericanos refiriéndose a las personas enfermas (9.VI.2016):

“La compasión... es la respuesta adecuada al valor inmenso de la persona enferma, una respuesta hecha de respeto, comprensión y ternura, porque el valor sagrado de la vida del enfermo no desaparece ni se oscurece nunca, sino que brilla con más resplandor precisamente en su sufrimiento y en su desvalimiento”.

3/2

Todo está conectado.

La creación divina de todos los seres hace que formemos parte de una misma familia: nos unen lazos imperceptibles.

Además, “toda criatura lleva en sí una estructura propiamente trinitaria” (LS 239), lo que la sitúa en relación inexorable con Dios, con los hombres y con los demás seres de la creación. Esta sublime comunión “nos mueve a un respeto sagrado, cariñoso y humilde” (LS 89). Por otra parte, no podemos entender la naturaleza como algo separado de nosotros, puesto que somos parte de ella (cf. LS 139). El Papa nos recuerda la incoherencia que supone sentirnos cercanos a los demás seres naturales si esa cercanía no se siente también con los hombres. Nos advierte también de la enorme incoherencia que supone luchar contra el tráfico de animales en riesgo de extinción y, al mismo tiempo, ser indiferente ante la trata de personas: “Esto pone en riesgo el sentido de la lucha por el ambiente” (LS 91). En sentido contrario, la indiferencia o crueldad con las demás criaturas termina trasladándose también al ser humano (cf. LS 92). Siendo esto así, ¿cómo hacer compatible la defensa de la naturaleza con

el aborto? (cf. LS 120), ¿cómo compaginarla con la eutanasia o el encarnizamiento terapéutico?

3/3

El bien común y el destino universal de los bienes.

“La encíclica hace notar la necesidad de vincular la ecología humana con la noción de bien común”²⁶.

Por lo tanto, el referente ético del cuidado del ser humano debe ser el bien común y la salvaguarda de aquellos elementos que lo configuran como son, entre otros, la salud y el medioambiente. Sería absurdo e injusto a la vez pretender salvar al ser humano destruyendo aquellas condiciones que le permiten ser lo que es y desarrollarse según su condición. Todos los miembros de la sociedad tenemos el deber de colaborar según las capacidades y el desarrollo de cada cual en la consecución y el desarrollo del bien común²⁷. Además, conviene recordar que la responsabilidad de salvaguardar el medio ambiente, patrimonio común de la humanidad, se extiende no solo a las exigencias del presente, sino también a las del futuro. Como dice el beato Pablo VI,

“Estamos obligados para con todos y no podemos desinteresarnos de los que vendrán a aumentar todavía más el círculo de la familia humana”²⁸.

Lo señala también el papa Francisco:

“La noción de bien común incorpora también a las generaciones futuras... Ya no puede hablarse de desarrollo

26. De Dios Larrú, J., “Ecología humana”, en Fernando Chica y Carlos Granados (eds.): *Loado seas, mi Señor. Comentario a la encíclica LS del Papa Francisco*, BAC, Madrid 2015, 139.

27. JUAN XXIII, *Mater et magistra*, 417.

28. PABLO VI, *Populorum progressio*, 17.

sostenible sin una solidaridad intergeneracional” (LS 159).

Además, respecto a los que vendrán detrás de nosotros, hemos de plantearnos no solo qué ambiente natural les vamos a dejar, sino también qué orientación general, qué sentido, qué valores (LS 160). Por otra parte, para la recuperación de los excluidos de la sociedad será necesario retomar con fuerza el principio del destino común de los bienes de este mundo (LS 95)²⁹.

Tanto el deterioro del medio ambiente como el de la sociedad perjudican especialmente a los pobres. Por delante tenemos, pues, el reto de su inclusión, para lo que será decisivo ir más allá de la dádiva apostando por la creación y el reparto del trabajo (LS 128). Dios ha creado todo por amor y quiere que todos los hombres se beneficien de la creación, también los que vengán detrás de nosotros. Como administradores puestos por Él, hemos de cumplir su encargo.

2.4. El verdadero buen vivir. “Nuestro estilo de vida -dice el teólogo Víctor Fernández- tiene mucho que ver con lo que le pasa al ambiente...”³⁰. Se ha venido desarrollando una concepción de la calidad de vida que incide sobre todo en la comodidad, el placer y el uso indiscriminado y sin límite de las cosas e incluso de las personas. Ese modo consumista de vivir, además de producir en el ser humano un profundo vacío, causa una enorme cantidad de basura ambiental y humana. Por eso, se hace necesario generar una noción más amplia de lo que es la calidad de vida (cf. LS 192).

Efectivamente, una vida feliz y realizada va mucho más allá del consumismo voraz, superficial e irresponsable. Esto supone un gran desafío educativo. Como reconoce el Papa Francisco, muchos saben que el progreso, tal como lo entiendo hoy mucha gente, y el amontonar objetos, no nos llenan la vida de sentido. También muchos jóvenes tienen una mayor conciencia ecológica, pero “no se sienten capaces de renunciar a lo que el mercado les ofrece” (cf. LS 209).

Por eso es necesario incidir en la educación subrayando que la verdadera calidad de vida ha de saberse detener y gozar con lo más simple sin obsesionarse por el consumo (cf. LS 222-223); debe reconocer -como decía el papa Benedicto XVI, que “comprar es siempre un acto moral, y no solo económico”³¹; supone abandonar el individualismo y descubrir la satisfacción de compartir bienes e incluso la propia vida (cf. LS 208); nos exige en definitiva cultivar sólidas virtudes para ser capaces de entregarnos en el compromiso ecológico (cf. LS 211).

4/

Conversión a una ecología integral.

La crisis ecológica nos llama a una conversión ecológica (LS 217). Abordemos esta conversión en el marco de una ecología integral, confiados en la capacidad del ser humano de tornar su marcha y elegir el bien (LS 205). Sabemos ciertamente que

“Las soluciones al problema ecológico no son imposibles, siempre que se utilice energía limpia y se tenga en cuenta que las provisiones no son ilimitadas, restableciendo el equilibrio de la tierra en las próximas décadas”³².

Somos conscientes también de que todas estas soluciones necesitan un cambio de valores y de estilo de vida, en definitiva una profunda conversión personal y estructural.

29. Bellocq Montano, A., “El destino común de los bienes”, en Fernando Chica y Carlos Granados (eds.): *Loado seas, mi Señor. Comentario a la encíclica LS del Papa Francisco*, BAC, Madrid 2015, 294-305.

30. Fernández, V.M., op. Cit., 88.

31. BENEDICTO XVI, Carta Encíclica “*Caritas in Veritate*”, 66.

32. Di Nicola, G.P., Voz “Ecología y salud”, en *Diccionario de Pastoral de la Salud y Bioética*, S. Pablo, Madrid 2009, 474.

LH n.317

4/1

La conversión ecológica en el contexto de una ecología integral

Llama la atención la sorprendente resonancia que ha adquirido este concepto, en primer lugar porque en Occidente parece haberse perdido la noción de pecado y el término conversión está muy próximo a él; además, parece que se asume de este modo la responsabilidad que los seres humanos hemos tenido y tenemos ante la “**casa común**”³³. En cuanto a los orígenes del concepto, el Papa Francisco alude al patriarca Bartolomé que incide en la necesidad del arrepentimiento por todos los daños causados al planeta (LS 8).

Pero el origen más remoto del concepto está en san **Francisco de Asís**, icono de la ecología integral que aúna la preocupación por el medio ambiente y por los pobres y que se convierte también en modelo de respuesta y de superación de la crisis ecológica³⁴.

Por otra parte, el marco de esa conversión lo ofrece el nuevo paradigma de la ecología integral, “**paradigma capaz de articular las relaciones fundamentales de la persona con Dios, consigo misma, con los demás seres humanos y con la creación**”³⁵. Este paradigma se fundamenta en una comprensión de la realidad como una red de individuos interconectados.

Es ciencia en la medida en que “**estudia las relaciones entre los organismos vivos y el ambiente donde se desarrollan**” (LS 138). Su capacidad le permite relacionar fenómenos aparentemente separados y de difícil vinculación causa-efecto como sucede en problemas sanitarios de origen medioambiental³⁶.

Es también compromiso ético con los distintos elementos que la configuran: la ecología espiritual, social, económica, cultural, natural. La ecología integral se compromete en el cuidado y la preservación de todas ellas. Lo resalta el **Cardenal Meter Turkson**:

“**Ante el paradigma tecnocrático, ante la fragmentación de los saberes, ante la fragmentación del hombre, ante la sociedad que se destruye descartando a los débiles e ineficaces, el Santo Padre propone el paradigma de la inclusión y de la unidad**”³⁷.

De esa visión holística del papa dan fe los cuatro principios que formula en **Evangelii Gaudium**, sobre todo los que rezan que el todo es superior a la parte y que la unidad prevalece sobre el conflicto.

4/2

Una conversión interior y personal.

A partir del convencimiento de que los desiertos exteriores avanzan en la medida en que crecen los interiores, se comprueba la necesidad de la conversión interior. No seremos cristianos auténticos si nuestra preocupación exclusiva es la oración y nos mantenemos impasibles ante el urgente cambio de vida que se nos pide (LS 217). Hemos de ganar en conciencia de que no somos una mónada cerrada (LS 220), sino seres relacionales, creados por el Dios Trinidad a su imagen y semejanza.

Nuestra espiritualidad ha de cultivarse en este espíritu de comunión y solidaridad con todos los seres creados. Lo dice el papa Francisco:

“**Todo está conectado, y eso nos invita a madurar una espiritualidad de la solidaridad global que brota del misterio de la Trinidad**” (LS 240).

Debemos crecer espiritualmente a partir de la gratitud al Dios amor que nos ha enriquecido

33. Turkson, P., “La conversión ecológica”, en Fernando Chica y Carlos Granados (eds.): *Loado seas, mi Señor. Comentario a la encíclica LS del Papa Francisco*, BAC, Madrid 2015, 21-38.

34. *Ibidem*, 28

35. Martínez, J.L., SJ, op. Cit., 23.

36. Este vínculo causal está dificultado por la variación de los diversos tipos de carga ambiental, por los diferentes grados de afección según los segmentos de población y el agente que sea, por la necesidad de que concurren diferentes combinaciones de elementos tales como la predisposición genética, la forma de vida, la cultura, la localización geográfica, los factores socioeconómicos, el clima y la exposición a tensiones medioambientales, etc.

37. Turkson, P., op. Cit. 31.

Hay que cuidar la creación, y no solo para asegurar la sostenibilidad, sino también por el valor de cada ser en sí mismo

con sus dones, de la responsabilidad que debe llevarnos a desarrollar los talentos que nos ha dado, de la contemplación de Dios en cada una de las criaturas. Todo esto nos conducirá a un nuevo estilo de vida basado en virtudes como la sobriedad y la capacidad de disfrutar con poco (cf. LS 223), la vida sin prisas (cf. LS 225), la experiencia de romper el círculo autorreferencial y del llegarnos hasta el hermano con talante gratuito y servicial, etc.

Este cambio personal se expresará y alimentará al mismo tiempo en una visión sacramental de la creación. En los números 233 al 237 de LS se ofrece una visión sacramental del mundo, indispensable a la hora de afrontar la crisis actual. La modernidad había desechado este modo de contemplar la realidad a partir de la búsqueda de un conocimiento objetivo y analítico, perdiendo de este modo el anclaje humano en la naturaleza. El jesuita **Bert Daelemans**, siguiendo al teólogo ortodoxo australiano **John Chrysvgis** habla de tres modos de abordar la creación: la visión icónica o modo de percibirla, la litúrgica o modo de celebrarla, y la ascética o el modo de respetarla³⁸. Efectivamente, lo creado puede percibirse como material de explotación, pero también como sacramento de Dios. Porque ciertamente lo divino y lo humano se encuentran en el más pequeño detalle de lo creado. La crisis ecológica es una crisis de nuestra cosmovisión, de nuestra incapacidad de percibir, celebrar y respetar el mundo como creación. Necesitamos ejercitar esta capacidad humana de la contemplación. También la de celebrar la creación a través de los sacramentos. En ellos la naturaleza es asumida por Dios y convertida en mediación de la vida sobrenatural. Son también la celebración del mundo que se une a la victoria pascual de Jesucristo. La persona celebrante, consciente de que el agua, el pan, el vino y el aceite alcanzan su máxima perfección y significatividad en los sacramentos y que participan ya del “**status**” de la nueva creación, siente la presencia de Dios y le alaba y agradece la salvación que por ellos le regala. Al mismo tiempo, pone conciencia y voz a unos elementos naturales que de forma silenciosa y a su modo,

alaban también al Señor y le dan culto. Particularmente la eucaristía es fuente de luz y de motivación para nuestras preocupaciones por el ambiente (LS 236).

Hay que cuidar la creación, y no solo para asegurar la sostenibilidad, sino también por el valor de cada ser en sí mismo. Y el primer ser creado que debemos cuidar es el ser humano. Ese cuidado debe ser especialmente diligente con los pobres y los enfermos, es decir, con aquellos que están en condiciones más difíciles para llevar una vida digna y que sufren injusticias (LS 48-49). Debemos cuidar también de nosotros mismos teniendo clara la jerarquía de nuestras dimensiones. Conscientes de haber recibido la vida como don, hemos de ser responsables a la hora de desarrollar los talentos que Dios nos dio, leyendo en la naturaleza la ley que rige lo creado y huyendo de la tentación de modificarla esencialmente según el capricho personal. Hemos de cuidar nuestra naturaleza corpórea con un modo de vida sobrio y saludable en la alimentación, la higiene, el ejercicio físico, el contexto habitacional, etc. En este sentido, es preciso denunciar el sobrepeso de multitud de personas, el deficiente/exagerado cultivo de la forma física de no pocos, el tabaquismo, el abuso de tranquilizantes, etc. Además, es preciso atender la salud mental y social y no olvidar la dimensión espiritual, la única capaz de integrar y dar sentido a todas las demás. En este sentido, el papa Francisco lo tiene claro: no basta con informar, ni son suficientes las leyes y normas para lograr un comportamiento ecológico en el ser humano, se necesita desarrollar sólidas virtudes para conseguir la donación de sí en un compromiso ecológico.

Finalmente, a nivel personal, hemos de comprometernos en el cuidado de los demás seres vivos y del medio ambiente. La educación en la responsabilidad medioambiental puede alentar diversos comportamientos que tienen incidencia directa en ese cuidado: evitar el uso de material plástico y de papel, reducir el consumo de agua, separar los residuos, cocinar sólo lo que razonablemente se podrá comer, tratar con cui-

38. Cf. Daelemans, B. SJ, “Contemplar, celebrar, cuidar. Revisar la sacramentalidad del mundo”, en Enrique Sanz (ed.): *Cuidar la Tierra, cuidar de los pobres. Laudato Si' desde la teología y con la ciencia*, Sal Terrae, Santander 2015, 87-103.

LH n.317

dado a los demás seres vivos, utilizar transporte público o compartir un mismo vehículo entre varias personas, plantar árboles, apagar las luces innecesarias, etc. (cf. **LS 213**).

4/2

Conversión comunitaria y estructural.

El cambio que se precisa no puede ser solo personal, sino también comunitario (cf. **LS 219**), y ha de materializarse en las estructuras políticas, económicas, culturales y religiosas. Recuerda el papa Francisco que la grandeza política se muestra cuando, en momentos difíciles, se obra por grandes principios y pensando en el bien común a largo plazo.

Es consciente, no obstante, de que al poder político le cuesta mucho asumir este deber en su proyecto de nación (**LS 178**). Por otra parte, para afrontar los problemas de fondo, no resolubles por acciones de países aislados, es indispensable un consenso mundial que lleve, por ejemplo, a programar una agricultura sostenible y diversificada, a desarrollar mayor eficiencia energética y más energías renovables, a promover una gestión más adecuada de los recursos forestales y marinos, a asegurar a todos el acceso al agua potable (**LS 164**). También hacen falta marcos regulatorios globales que impongan obligaciones y que impidan acciones intolerables, como el hecho de que países poderosos expulsen a otros residuos e industrias altamente contaminantes (**LS 173**). Finalmente, respecto a la deuda ecológica, el papa Francisco, haciéndose eco de lo que han dicho los obispos de Bolivia, indica que

“Los países que se han beneficiado por un alto grado de industrialización, a costa de una enorme emisión de gases invernadero, tienen mayor responsabilidad en aportar a la solución de los problemas que han causado” (**LS 170**).

La conversión ha de llegar también a las estructuras económicas. La programación del desarrollo económico tiene que respetar la integridad y los ritmos de la naturaleza (cf. **SRS, 26**), dado que los recursos naturales son limitados y algunos no son renovables.

“Cualquier actividad económica que se sirva de los recursos naturales debe preocuparse también de la salvaguardia del medio ambiente y prever sus costos...”³⁹.

El papa Francisco recuerda que el principio de maximización de la ganancia, que tiende a aislarse de toda otra consideración, es una distorsión conceptual de la economía: si aumenta la producción, interesa poco que se produzca a costa de los recursos futuros o de la salud del ambiente; si la tala de un bosque aumenta la producción, nadie mide en ese cálculo la pérdida que implica desertificar un territorio, dañar la biodiversidad o aumentar la contaminación (cf. **LS 195**). Los principios del bien común y del destino universal de los bienes deben tenerse en cuenta a la hora de toda planificación económica. La preocupación por el ambiente debe tocar también al mundo científico y cultural. Las ciencias no pueden aislar sus objetos de interés ignorando la interconexión entre todas las realidades naturales. Por eso deben desarrollar el diálogo interdisciplinar y abrirse a otras formas de abordar la realidad como las de la filosofía y la teología. Por otra parte, la cultura ha de asentarse en valores propios de una ecología integral que superen la superficialidad, el exhibicionismo consumista, el antropocentrismo desviado, la exclusión de Dios. Ha de ser una cultura que amplíe horizontes y ayude al hombre a auto-trascenderse sin olvidar que es un ser limitado. Como dice el papa Francisco,

“La mejor manera de poner en su lugar al ser humano y acabar con su pretensión de

39. Consejo Pontificio Justicia y Paz, DSI, 470.

ser un dominador absoluto de la Tierra es volver a proponer la figura de un Padre creador y único dueño del mundo, porque de otro modo el ser humano tenderá siempre a querer imponer a la realidad sus propias leyes” (**LS 75**).

Ha de ser una cultura de la vida, de la comunión y de la esperanza. Finalmente, la conversión ecológica ha de ser asumida también por las comunidades religiosas y, particularmente, por la Iglesia católica.

Las religiones deben colaborar en esta recuperación cultural y medioambiental (cf. **LS 201**). Los católicos, conscientes de poseer el tesoro del evangelio de la creación y de la redención, colaboramos con la causa de la ecología integral anunciándolo y educando la conciencia de nuestros hermanos, celebrando lo creado como don, y cultivando las virtudes ecológicas y el comportamiento cuidadoso y responsable con todas las criaturas y especialmente con el ser humano.

5/

Conclusión: una pastoral de la salud renovada.

Al comienzo de mi intervención hacía patente la intención de plantear líneas para una renovación de la pastoral de la salud que supere sus residuos doloristas, se abra a nuevos terrenos como el de las implicaciones biológicas de las circunstancias medioambientales, y plantee acciones preventivas en el cuidado de la salud. El Papa cita en el número 207 de LS el conmovedor final de la Carta de la Tierra que resume bien la esperanza que deposita Dios en el empeño de los seres humanos:

“Que nuestro tiempo se recuerde por el despertar de una nueva reverencia ante la vida, por la firme resolución de alcanzar la sostenibilidad; por la intensificación de la lucha por la justicia y la paz, y por la alegre celebración de la vida”.

San Juan Pablo II escribió en 1995:

“A todos los miembros de la Iglesia, pueblo de la vida y para la vida, dirijo mi más apremiante invitación para que, juntos, podamos ofrecer a este mundo nuestro nuevos signos de esperanza, trabajando para que aumenten la justicia y la solidaridad y se afiance una nueva cultura de la vida humana, para la edificación de una auténtica civilización de la verdad y del amor”⁴⁰.

Este es el llamamiento que os lanzo, aquí y ahora, como Obispo responsable de la Pastoral de la Salud en el seno de la Conferencia Episcopal Española: siguiendo las directrices del Papa Francisco, hemos de salir de nuestros lugares habituales de evangelización, en nuestro caso, los hospitales, para llegar más allá, a las residencias de ancianos, a los hogares donde habitan personas ancianas y enfermas...

Y, sobre todo, para llegar hasta los lugares donde se toman las decisiones que afectan a la salud, donde se planifica la economía, donde se genera cultura, donde simplemente se comparten inquietudes y preocupaciones por la vida humana. Hemos de ser mucho más proactivos y globales en nuestra manera de trabajar y de presentarnos ante el mundo, un mundo que está esperando como agua de mayo nuestra mediación salvadora, a partir de un concepto integral de lo que la salud, la salvación, la pastoral, la bioética y la ecología significan. Ojalá entre todos lo consigamos.

40. S. JUAN PABLO II, *Evangelium vitae*, 6.